

Lucio Sobrino su obra y su legado

Museo de las Ferias 12 julio - 9 septiembre 2018





Exposición "Lucio Sobrino, su obra y su legado"

Museo de las Ferias, 12 de julio - 9 de septiembre de 2018

Organización

Fundación Museo de las Ferias

Coordinación Antonio Sánchez del Barrio Miguel Sobrino González

Textos

Santiago y Miguel Sobrino González Álvaro Martínez-Novillo Antonio Sánchez Barriga Antonio Sánchez del Barrio

Fotografía

Fundación Museo de las Ferias

Audiovisuales "Álbum de dibujos" y "Trazos de agua y color" Jesús Carnicero

Maquetación e impresión Editorial Maxtor (Valladolid)

La exposición "Lucio Sobrino, su obra y su legado" se ha organizado con motivo de la donación del "Legado Lucio Sobrino" a la Fundación Museo de las Ferias en junio de 2018. Su contenido puede consultarse en la web de la Fundación: www.museoferias.net

a donación que la familia de Lucio Sobrino Barrero ha hecho del legado artístico de su propiedad a la Fundación Museo de las Ferias, es un acto de generosidad digno de la mayor gratitud en tanto que contribuye muy notablemente al enriquecimiento de la colección artística de nuestra Institución. En esta donación, no cabe duda que la vinculación familiar del artista con la Tierra de Medina del Campo ha sido un factor determinante; cabe recordar al respecto que aunque su actividad profesional se desarrollara fundamentalmente en Madrid, sus ascendientes provenían de nuestra tierra: su padre era natural de Pozal de Gallinas y su madre de Lomoviejo.

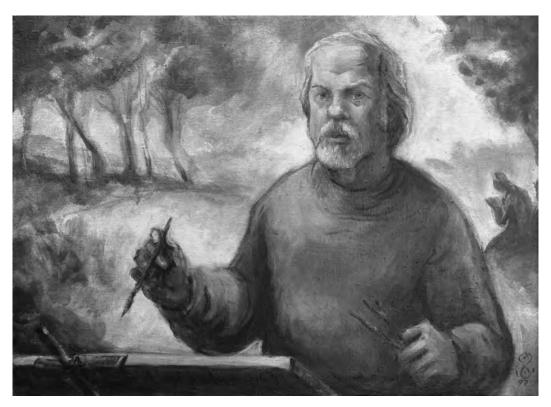
Con tal motivo, nuestra Fundación ha decidido organizar una exposición que, bajo el título "Lucio Sobrino, su obra y su legado", ponga de relieve la calidad de su obra pictórica, tanto como destacado acuarelista y dibujante, reconocido copista de obras maestras y, por otra parte, restaurador de pintura antigua, quizá su faceta menos conocida.

El legado de Lucio Sobrino está formado por cinco óleos, 74 acuarelas, 78 dibujos y apuntes, varios centenares de fotografías..., y una biblioteca especializada en pintura, actualmente en proceso de catalogación. Esta obra pictórica, gráfica y fotográfica constituye un conjunto patrimonial de enorme interés, de manera especial la producción de acuarelas, técnica en la que Lucio Sobrino fue un consumado maestro. Paisajes desnudos o arbolados, marinas, retratos, vistas de pueblos y ciudades, edificios monumentales... son motivos elocuentes de hasta dónde puede llegarse en la representación con agua y color.

Quiero agradecer de nuevo, en nombre de nuestra Institución, la generosidad de la familia de Lucio Sobrino, así como la participación en este catálogo de Álvaro Martínez-Novillo y Antonio Sánchez Barriga, cuyos emotivos textos nos recuerdan la excelencia humana y profesional del artista.

María Teresa López Martín Alcaldesa de Medina del Campo y Presidenta de la Fundación Museo de las Ferias

3



Retrato de Lucio Sobrino por Santiago Sobrino, 1997

LUCIO SOBRINO, 1925 - 2017. La pintura como entusiasmo

Santiago Sobrino González y Miguel Sobrino González

Lucio Sobrino Barrero fue un niño raro en un ambiente familiar de extrema sencillez. Era el segundo hijo de Lucio Sobrino Sanz y Fabriciana Barrero Vega, procedentes de dos pequeños pueblos cercanos a Medina del Campo: Pozal de Gallinas y Lomoviejo. Antes de casarse y trasladarse a Madrid, ambos habían servido como criados (él en una conocida finca de Pozal, hoy convertida en hotel, ella en un café de la plaza Mayor medinesa). Una vez en la capital, Sobrino Sanz encontró empleo como acomodador en un cine antes de comenzar a trabajar en el tren correo que hacía el recorrido Madrid-Irún.

Lucio Sobrino Sanz era un hombre tranquilo y afable, andariego, delgado y alto para su generación; muy del campo, el cual conseguía evocar a su manera en Madrid plantando geranios en el balcón o criando canarios, jilgueros y gatos siameses en la vieja galería acristalada de su modesta casa de vecindad del siglo XVIII, en la céntrica calle de La Encomienda, junto al Rastro y la plaza de Tirso de Molina. Fabriciana era menuda, algo adusta, muy formal, de misa y rosario; solo de anciana mostró su lado más conversador, liberal y hasta un punto coqueto. El abuelo Anselmo, padre de Fabriciana, había sido una persona muy apreciada en Lomoviejo, donde ejercía diversos oficios ligados a la construcción; era, por las obras que allí aún se conservan, un "arquitecto popular", justo cuando ese tipo de arquitectura estaba a punto de ser desplazada por la construcción de nuevo cuño. Por su habilidad manual, Anselmo podría considerarse el antecesor artístico de Lucio, aunque habría que fiar esa idea solo a la genética, pues no lo llegó a conocer.

El pequeño Lucio había sucedido al primogénito, Félix, muerto con dos o tres años; después vinieron Encarna, Pilar y Roberto. Fabriciana mostró siempre hacia Lucio un sentimiento especial, tal vez por la muerte de Félix, o quizá también porque advertía que tenía algo que lo hacía diferente. Desde muy niño demostró una sorprendente habilidad artística, que los padres mostraban a las divertidas visitas: con un punto de exhibición circense le invitaban, por ejemplo, a dibujar distintos animales empezándolos por la cola. En la escuela era un niño aplicado y muy apreciado por el maestro republicano, que le encargaba dibujar el tema del día en la pizarra.

La pubertad lo alcanzó en mitad de la Guerra Civil, con su padre retenido en el tren correo al otro lado del frente de Ávila, y con las sirenas que advertían de los bombardeos aéreos sobre Madrid y las correspondientes carreras al sótano de la vieja casa; Lucio creía recordar haber visto en sus galerías subterráneas, con ojos aún infantiles, supuestos instrumentos de tortura de la Inquisición. Pese a todo, en ese tiempo no dejó de asistir, caminando por las calles sin adoquines, a la Escuela de Artes y Oficios situada en la calle del Marqués de Cubas. Él siempre recordaba la noche en que cayó en una zanja encharcada de regreso a casa, por una ciudad sitiada y a oscuras, lo que le llevó a fabricarse un farolillo con una lata y una pequeña vela. Tal era su determinación y su afán, que habría de acompañarlo toda la vida. De esa etapa se conservan varias "academias", grandes dibujos a carboncillo de vaciados clásicos.

5

^{1.} M. Sobrino González, "Un arquitecto popular: el tío Barrera de Lomoviejo", Revista de Folklore, nº Extraordinario 1, Valladolid, 2010, pp. 221-233.

Acabada la guerra, después de superar el examen de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Lucio tuvo que abandonar los estudios por la penuria económica, dejar Madrid e ir a San Sebastián para trabajar en Telégrafos. Conoció así el mar y el ambiente norteño, su bruma y su melancolía, por los que sintió siempre un aprecio especial. También recordaba de esos duros años el miedo de la gente de Donostia a causa de la llegada de los alemanes hasta Hendaya.

El servicio militar lo hizo en el Cuartel de Artillería de Segovia, donde encontró cierto acomodo haciendo dibujos de topografía, hasta que le inocularon el tifus con una vacuna defectuosa que lo puso al borde de la muerte. Lucio recordaba sin solemnidad que, incluso con la extremaunción ya administrada, él sentía que no iba a morir.

Medianamente recuperado, volvió a Madrid a finales de los cuarenta y entró a trabajar en la Administración, sin dejar por ello de asistir a los talleres de dibujo de figura del natural en el Círculo de Bellas Artes y de dibujo de estatua ante los vaciados del Casón del Buen Retiro (los mismos que hoy lucen en la vallisoletana Casa del Sol, enriqueciendo la colección del Museo Nacional de Escultura). De entonces data la amistad con otros artistas de su edad, como Antonio Zarco, Julio Quesada, Manuel Alcorlo (quien le hizo en 1952 un excelente retrato al óleo) o el escultor Antonio Villa, a los que se unirán más tarde Martín Escaned, Salvador Ceprián o el portugués Álvaro Perdigao.

De esos años se han conservado numerosos libros llenos de anotaciones y apuntes sobre técnicas de pintura, color, composición, anatomía, diseño gráfico, etc., que dan fe de su empeño autodidacta. También muchos libros de fotografía, arte que llegó a dominar. Por esas fechas fue varias veces a Medina del Campo, donde conservaba familia. De uno de esos viajes, en el citado año de 1952, nos han quedado varios dibujos tomados del natural y un pequeño óleo, en el que logra dar dignidad y empaque a un humilde corral.

Por esas fechas conoció a Pepa González Guerrero, colega de su hermana Pilar en el taller de costura de Balenciaga en Madrid e hija del destacado sindicalista republicano Ángel González Moros, que había inspirado el personaje de Ramos de *L'Espoir*, la famosa novela de André Malraux². Lectora asidua y con criterio, a pesar de su falta de formación académica por culpa de las miserias de entonces, Pepa habría de convertirse en su consejera y compañera para toda la vida. Casados en 1956, tuvieron cuatro hijos: Teresa, Santiago, Isabel y Miguel, a los que transmitieron el amor por la literatura y el arte. También por la música culta, pues Lucio era desde joven un apasionado melómano.

Hacia finales de los años cincuenta, Lucio comenzó su labor de copista en el Museo de Prado, tarea que emprendió como medio para llevar a cabo un estudio profundo de los maestros; no como actividad comercial, aunque la mayoría de esos trabajos acabaron vendiéndose. Luis de Morales, Tintoretto, El Greco o Velázquez son algunos de los artistas que copió con recursos ajenos a la mera imitación habilidosa, mediante el análisis del proceso por el que una pintura llega a ser de una cierta manera, a ser *construida* en profundidad. Por su calidad como copista recibió algunos encargos oficiales, incluido algún lienzo que, solicitado por Patrimonio Nacional, cuelga en el Palacio Real de Madrid,

^{2.} Es una figura cuyo relieve va recuperándose poco a poco. Véase por ejemplo E. López Sobrado, "El exilio interior de Ángel González Moros", El exilio republicano en Cantabria, UNED, Santander, 1999, o las sustanciosas menciones que bajo dos distintas denominaciones ("González Moros" y "Moros") aparecen en una reciente biografía del músico Gustavo Durán: J. Juárez, Comandante Durán. Leyenda y tragedia de un intelectual en armas. Debate, Barcelona, 2009.



Pintando al aire libre en Segovia (hacia 1960)

así como un complejo desarrollo en plano, destinado a una sede del Banco Central de Ahorro Popular, de los frescos de Goya para la cúpula de San Antonio de la Florida.

Combinó esos estudios con la observación directa de la naturaleza y los rasgos del ser humano. El paisaje y el retrato son géneros que le apasionaban, y en los que logró la maestría. Es destacable en su obra paisajística el saber reflejar, con aparente facilidad, el carácter diverso de cada lugar, sus formas y texturas, su luz y sus colores. Se dijo de él que "concede a los paisajes más variados su luz y fisonomía propias"³, fruto de la sensibilidad, la observación directa y el dominio técnico, en oposición a la común repetición artesanal de recetas y trucos que *funcionan*. Recorrió buena parte de la Península (incluido su querido Portugal) pintando en exteriores con esa técnica, solo o acompañado de amigos pintores, así como haciendo fotografías de paisajes, pueblos y gentes, que luego revelaba en su laboratorio. Habiendo tenido lugar muchos de estos viajes antes de la etapa del desarrollismo económico, que supuso la modificación y destrucción de buena parte del patrimonio rural y urbano de España, sus fotografías y pinturas poseen hoy un valor documental añadido.

De los años sesenta data su formación como restaurador en el Instituto Central de Restauración de Obras de Arte, entonces recién abierto y alojado en el Museo de América de Madrid, donde se especializó en pintura de caballete y obtuvo el título en 1971. Allí fue compañero de promoción de Antonio Sánchez Barriga, a quien doblaba la edad. Su estudio estuvo primero en la Avenida del Manzanares y después en la calle del Doctor Esquerdo, donde llevó a cabo trabajos, de gran dificultad técnica en muchos casos, que le granjearon notable prestigio en los círculos del coleccionismo artístico. De esos trabajos -que comprenden desde antiguas tablas flamencas a lienzos decimonónicos- se conserva una abundante y cuidadosa documentación, con informes y fotografías de cada proceso.

Sus inicios como restaurador coincidieron con la época de mayor proyección pública de su pintura: obtuvo numerosos premios nacionales y expuso sus obras en galerías de diversas ciudades españolas y portuguesas, escribiéndose entonces que sus acuarelas "son un ejemplo de limpieza y seguridad en el procedimiento". A Refiriéndose tanto a sus paisajes como a sus retratos, se llegó a decir que "constituye el acuarelista actual más significativo de la escuela castellana". Las últimas muestras que celebró pudieron verse en Madrid, en la Casa Vasca (donde sus obras traslucían, pasados ya sus ochenta años, que "sigue manteniendo la misma ilusión de los inicios") y en la sede de la Agrupación de Acuarelistas, esta última dedicada en exclusiva al retrato en acuarela. Su dominio en este difícil arte, donde no caben dudas ni correcciones, queda plasmado en el retrato que hizo de su madre en 1977. De él escribió el crítico Antonio Corral que está "dotado de un encanto, de una sobriedad, de una delicadeza y de una fuerza expresiva admirables [...]. Obra esta capaz de definir por sí sola la categoría y la sensibilidad de un pintor. Muchos recordarán sus Lecciones Magistrales, tanto en la Agrupación de Acuarelistas de Madrid como en la de Acuarelistas Vascos de Bilbao, donde ejecutaba retratos a la acuarela de un modelo del natural ante un público iniciado, actividad que siguió realizando desinteresadamente hasta bien pasados los ochenta años. De alguna de esas sesiones hay testimonio filmado.

^{3.} A. M. Campoy, ABC, 12 de marzo de 1968.

^{4.} F. Prados de la Plaza, Arriba, 17 de marzo de 1968.

^{5.} J. A. Martínez Gómez-Gordo, Nueva Alcarria, marzo de 1968.

^{6.} J. E. Tinte, "Acuarelas de Lucio Sobrino", El Punto de las Artes, año XXI nº 869, Madrid 2007.

^{7.} A. Corral Castanedo, El Norte de Castilla, 9 de mayo de 1979.



Ávila desde los Cuatro Postes (hacia 1960)



Plaza Mayor de Medina del Campo (Fotografía de Lucio Sobrino)

También fue prolífica su faceta como retratista al óleo, en la que recibió importantes encargos de particulares y de instituciones como el Colegio de Médicos y el de Notarios de Madrid. Otros trabajos de ese tipo fueron, en 1976, las representaciones de personajes históricos destinadas al Ateneo de San Juan de Puerto Rico, encargo del Ministerio de Asuntos Exteriores por el centenario de esa institución. Fue autor de otros lienzos de figuras históricas, encargados en ocasiones por sus descendientes, entre los que se cuentan los de Miguel de Unamuno o el almirante Churruca.

Casi hasta el final de su vida Lucio mantuvo, sobre todo con la acuarela, el ejercicio de la pintura con modelo del natural y el paisaje al aire libre. Decía, bromeando con su salud y longevidad, que su medicina era la pintura. Y también una fuente inagotable de querencia por la vida y de entusiasmo por el valor incuestionable del arte, cosas que transmitió de diversas formas a sus hijos. En ese sentido fue, como se ha visto en la ausencia de precedentes familiares, un iniciador.

Lucio Sobrino perteneció a esa estirpe de pintores que conocía el oficio y estaba orgullosa de ello, que se consideraba heredera y transmisora de unos conocimientos que habían sido perfeccionados y puestos a prueba durante siglos... y que descreía sinceramente de los derroteros que iba tomando la práctica artística, contaminando a la propia formación. Un punto de vista no necesariamente retrógrado, en la medida en que la responsabilidad de la trasmisión no tiene por qué estar teñida de nostalgias. Pero ese discreto "estar en su sitio" lo relegó, como a otros de su tiempo, a los márgenes de la corriente general. Y también entorpeció la posibilidad de transmitir, con mayor cauce divulgador, unos saberes reunidos concienzudamente durante muchos años de esfuerzo.

Actualmente, pasada la euforia de la innovación sin objeto, menos proclives a los dogmatismos de vario cuño, quizá podemos estar más dispuestos para apreciar la impactante modernidad de sus acuarelas con la sensación de estar contemplando el caudaloso río de la pintura, con toda su fina elocuencia, su fuerza y su viveza. Algo que podrá ofrecerse a un público más amplio gracias al inestimable esfuerzo del Museo de las Ferias de Medina del Campo, que al aceptar una parte de su legado (conformado por óleos, acuarelas, dibujos, fotografías, libros y documentos) dará la oportunidad de conocer y valorar mejor la actividad de este gran artista, ligándolo además de nuevo, como en un recorrido circular, con la tierra que vio nacer a sus padres.

Los últimos meses de su vida, cuando ya hacía tres años del fallecimiento de su mujer, Lucio residió en un pueblo de la sierra madrileña, donde, con las fuerzas ya muy mermadas, aún llevó a cabo algún apunte y hasta un pequeño retrato a lápiz, consciente de que esos gestos eran los últimos. A veces salía también allí a dibujar los troncos nudosos de los fresnos. En las formas tortuosas de esos árboles él veía figuras, animales, escenas... con el verismo que da una imaginación largamente adiestrada, pero aposentada en una mente a la que le empezaba a costar discernir las cosas. Durante alguna tarde en que parecía estar ausente, recobraba sin embargo la viveza de espíritu viendo fotografías de sus cuadros, y empezaba entonces a recordar lugares y circunstancias con una precisión que dejaba a todos sorprendidos.

No por casualidad, las cenizas de Lucio reposan al pie de un pequeño olmo en el Camino del Asombro, junto al Parral y frente a San Esteban, la Catedral y el Alcázar, ante esa Segovia que de chaval lo vio casi morir. Y, después, revivir para el arte.



Guadalupe (Cáceres) (Fotografía de Lucio Sobrino)

Una mirada limpia

Álvaro Martínez-Novillo

Lucio Sobrino (1925-2017) realizó probablemente la parte más importante de su obra utilizando la acuarela, pero eso no fue debido a que tuviera problemas con la pintura al óleo, cuya técnica conocía muy bien tanto por sus estudios y experiencia, como por haber trabajado como restaurador en el Instituto Central de Restauración de Madrid, cuando este comenzaba su actividad en el Casón del Buen Retiro. La razón de ello estribaba en que, para realizar su propia obra al aire libre, tal como él prefería hacerla, utilizaba la acuarela por ser más limpia, según sus propias palabras.

De modo que Sobrino, haciendo oídos sordos a los tópicos prejuicios de quienes la consideraban inferior a la pintura al óleo, y disponiendo de la amplia gama de colores y tonos que la acuarela le ofrecía, logró efectos difícilmente superables en los cielos, mares y tierras de sus paisajes. Está claro que el artista se sentía en plenitud plasmando en la naturaleza aquello que le había llamado la atención, que a veces era algo efímero, como unos rayos de luz que iluminaban algo enriqueciéndolo por un instante. Para lo cual hay que actuar rápidamente, pues ni la acuarela ni sus soportes admiten demasiadas dilaciones e insistencias sin que pierdan su característica frescura, que es el mejor de sus atributos. Sin embargo, para él esta inmediatez no obligaba a que los paisajes que se planteaba, tuvieran que ser completamente literales a sus modelos, pues en ello, aparte de su buena ejecución, estriba mucho de su singularidad. Lucio afirmaba detestar lo trillado y también las consabidas recetas, por lo que, cuando iniciaba su trabajo "in situ", se reservaba un margen para modificar o suprimir aquellos elementos que, a su juicio, perturbaban la composición.

Pero también todo creador se debe a su época y, más o menos voluntariamente, da testimonio de ella, lo que enriquece y contextualiza su obra. Sobrino perteneció a una generación que tuvo a bien pintar la tierra a la que pertenecía y que había aprendido a apreciarla no solo por el influjo literario, muy importante en este terreno, sino sobre todo porque, a causa de los graves conflictos del momento, muchas personas tuvieron que abandonar sus hogares y cuando los supervivientes regresaron, habían conocido lugares insólitos que, de no haber sido por las circunstancias bélicas o las penurias consiguientes, seguramente nunca hubieran llegado a conocer. Este hecho les movió, a Lucio y a muchos de sus contemporáneos, a la tarea

de retratar nuestra geografía con verdadero entusiasmo, coincidiendo esto además con la motorización del país. Así, sobre pequeñas motocicletas o en modestos utilitarios, un nuevo tipo de artistas andariegos, pertrechados con sus cajas de acuarelas y cuadernos de apuntes, accedían a través de caminos de pastores, labriegos y pescadores a lugares de agreste belleza apenas conocidos, pero que ellos habrían de perpetuar.

Que Lucio Sobrino se dedicase primordialmente al paisaje no quiere decir que renunciara a la figura. Fue también un excelente retratista, sobresaliendo los retratos con empaque y sencillez -en este caso, esto no es contradictorio ni excluyente- que dedicó a su madre, tanto al óleo como a la acuarela. En cualquier caso, lo visto de su obra nos deja con mucho interés por conocer más de ella y profundizar en la evolución de su larga vida, dedicada con la mayor honestidad al arte que él sentía. Sobre el valor de lo que nos ha dejado, de su legado, también nos admira la gran serie de merecidos galardones, nacionales e internacionales, que obtuvo durante una carrera de verdadero maestro.



Lucio Sobrino en su estudio (Fotografía de Diego Alonso)



Lucio Sobrino con Antonio Zarco en una exposición (Fotografía de Antonio Sánchez Barriga)

Un epitafio inesperado

Desde el corazón a mi amigo Lucio Sobrino

Antonio Sánchez Barriga

Te recuerdo joven y vital, entrando en la clase de restauración. Eras más mayor que yo y rápidamente nos hicimos grandes amigos.

¡Qué época!

Recuerdo los dos riéndonos; recuerdo viajando a Argamasilla de Alba para pintar algunos paisajes, qué mal me salió y con qué facilidad lo hiciste tú; recuerdo las explicaciones que me dabas sobre la maravilla de la técnica de la acuarela; recuerdo cómo copiabas en el Museo del Prado; recuerdo en el salón de tu casa la copia de Velázquez del enano don Juan Calabazas; recuerdo a tus hijos con los regalos de reyes; recuerdo en clase, restaurando con una bata blanca hasta el cuello; recuerdo tu bigote y tu barba; recuerdo que trabajabas de funcionario en la calle Sagasta, (¡¡lo que había que hacer!!); recuerdo ayudándote en un estudio en la calle de la Encomienda; recuerdo a los dos intercambiando cámaras fotográficas y revelando fotos; recuerdo dibujando en el Círculo de Bellas Artes; recuerdo tu pensamiento político, que arrasaba; recuerdo nuestros encuentros con el pintor Antonio Zarco; recuerdo cómo debía elegir una buena cartulina para acuarela; recuerdo cómo humedecías el papel con la brocha aguada; recuerdo con qué facilidad hacías un paisaje con tres colores; recuerdo el valor de tus enseñanzas; recuerdo tu casa cerca de la plaza de toros; recuerdo un viaje a León a restaurar una tabla; recuerdo un viaje largo y fantástico en un Renault 8, recorriendo el río Sella hacia Covadonga; recuerdo el frío de León, no arrancaba el coche; recuerdo tus fotos de arquitectura y retratos, ¡qué buenas!; recuerdo tus palabras: si una acuarela sale mal no se puede rectificar; recuerdo colocando una tela en un telar de cuerdas; recuerdo planchando un cuadro; recuerdo en una exposición Nacional de Bellas Artes en El Retiro y los comentarios sobre los cuadros; recuerdo cómo nos reíamos del traje de pingüino del director de Bellas Artes, Pérez Embid; recuerdo las clases magistrales de Zarco y el olor del aceite de linaza; recuerdo como preparábamos las tablas de pino para pintar un primitivo flamenco; recuerdo tus razonamientos ante un cuadro de Goya; recuerdo cómo nos acercábamos a un cuadro del museo, hasta que nos llamaba la atención un vigilante; recuerdo visitando la exposición de Antonio Zarco en Alcalá de Henares; recuerdo que ya ibas con bastón, pero siempre con tu sonrisa y amabilidad; recuerdo el abrazo último que nos dimos; recuerdo que nos despedimos para no volver; recuerdo cuando recibí la noticia; recuerdo que siempre serás mi amigo; recuerdo que siempre nos veremos; recuerdo que siempre fuiste un buen padre; recuerdo que fuiste un paseo por el camino de la vida.

Recordaré siempre tus enseñanzas mientras viva.

No olvidaré el pasar de mi vida por estas 464 palabras.

Areneros del Guadalquivir, Córdoba, 1964 (Fotografía de Lucio Sobrino)



LUCIO SOBRINO

Premios más destacados

1950-1960:

- Diversos premios de la antigua Organización de Educación y Descanso.

1961-1969:

- Premio Único de Acuarela, Ayuntamiento de Linares, 1961.
- Medalla de Plata, I Certamen de Artes Plásticas del Club Urbis, Madrid, 1964.
- Tercera Medalla de Pintura del Salón de Otoño, Madrid, 1964.
- Tercera Medalla de Dibujo del Salón de Otoño, Madrid, 1964.
- Tercera Medalla de Acuarela del Salón de Otoño, Madrid, 1966.
- Segundo Premio y Medalla de Plata de Acuarela, Diputación de Gerona, 1969.

1970-1978:

- Medalla Felipe Trigo de Acuarela, Ayuntamiento de Madrid, 1970.
- Primer Premio de Acuarela 50º Aniversario del Centro Segoviano de Madrid, 1970.
- Primer Premio de Acuarela del Ayuntamiento de Albarracín, 1970.
- Segunda Medalla de Pintura Salón de Otoño, Madrid, 1971.
- Segunda Medalla de Acuarela Salón de Otoño, Madrid, 1971.
- Segundo Premio de Acuarela del Ayuntamiento de Linares, 1971.
- Medalla de Bronce de Acuarela XVI Salón de Primavera de Estoril, 1971.
- Medalla de Plata de Acuarela XVII Salón de Otoño de Estoril, 1971.
- Primer Premio y Medalla de Oro de Acuarela de la Diputación de Gerona, 1973.
- Primer Premio de Acuarela XXVIII Exposición Nacional de Pintura del Ayuntamiento de Linares, 1973.
- Medalla Goya, I Exposición de Acuarela Caja de Ahorros de Madrid, 1974.
- Premio Galerías Preciados de Temas de Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1975.
- Primera Medalla de Acuarela, Exposición de Bellas Artes, Palacio de Cristal del Retiro, Madrid, 1976.
- Segundo Premio, Certamen Nacional de Acuarela, Valladolid, 1977.
- Premio Único de Acuarela de Linares, 1977.
- Segundo Premio de Acuarela de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, Majadahonda, Madrid, 1977.
- Premio Teresa F. del Sol, Ayuntamiento de Palamós, Galería Tramontán, 1978.
- Primer Premio de Acuarela de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, Majadahonda, Madrid, 1978.

1982-1997:

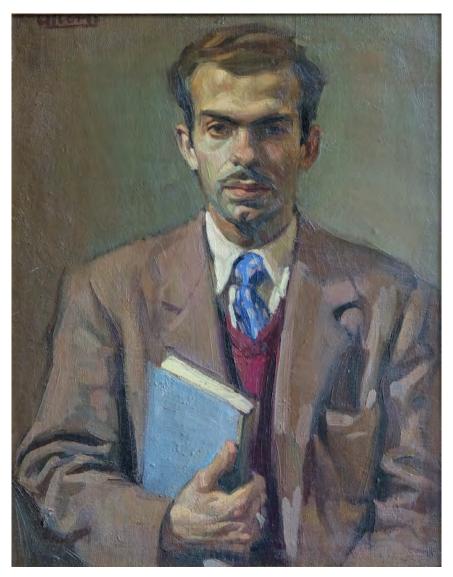
- Medalla Especial Prados López, Salón de Otoño de Madrid, 1982.
- Premio Ayuntamiento de Madrid, 1982.
- Premio Acuarela Caja de Castilla-La Mancha, Exposición "El Tormo", Cuenca, 1992.
- Premio Tema Libre, Exposición "La Acuarela y Aranjuez", Caja Madrid, 1993.
- Mención de Honor en la XXI Exposición de Acuarela de Caja Madrid, 1994.
- Premio Único, XXIV Certamen Nacional de Acuarela Caja Madrid-A.E.D.A., 1997.

Obras en museos y colecciones

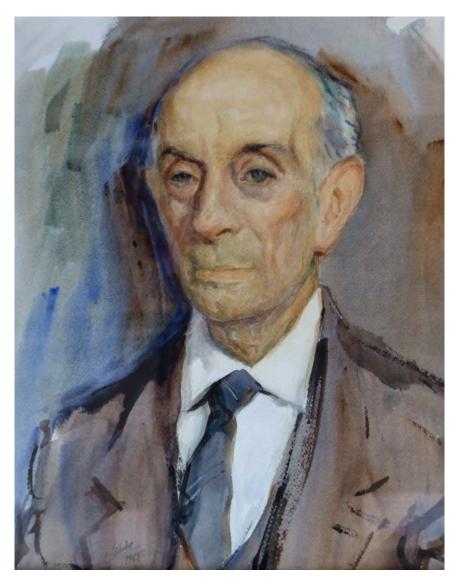
- Retratos al óleo de personajes históricos, encargo del Ministerio de Asuntos Exteriores para el Casino de San Juan de Puerto Rico.
- Retratos al óleo de dos decanos para la galería de retratos del Colegio Notarial de Madrid.
- Retrato al óleo de Betancourt, Colegio de Ingenieros de Madrid.
- Retrato al óleo, galería de retratos de la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Madrid.
- Mural de 1'60 X 4'00 m., reproducción de la cúpula de San Antonio de la Florida, de Goya, para la agencia de Moratalaz de la Central del Ahorro Popular.
- Obras en el Museo de San Telmo de San Sebastián, Museo de Figueira da Foz (Portugal), Museo de Puertollano, Museo de Acuarela de La Pola de Gordón, Palacio Real de Madrid, Palacio de la Zarzuela, Cortes de Castilla-La Mancha (Toledo), Ayuntamientos de Madrid, Valdepeñas, Linares o Albarracín, Diputación de Gerona, Caja de Ahorros de Castilla-La Mancha en Cuenca, Caja Rural de Toledo, Diario de Noticias de Lisboa, Casino de Estoril, Centro Segoviano de Madrid, así como obra dispersa en Norteamérica, Alemania, Portugal, Gran Bretaña, Emiratos Árabes, etc.

Lucio Sobrino su obra y su legado

catálogo



Retrato de Lucio Sobrino por Manuel Alcorlo 1952 Óleo sobre lienzo / 82 x 67,5 cm



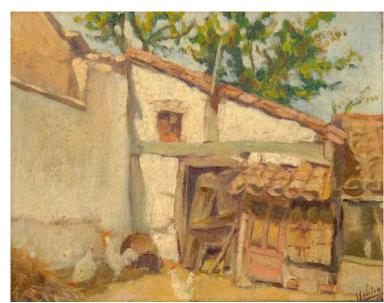
Retrato de Lucio Sobrino Sanz, padre de Lucio Sobrino 1965 Acuarela / 61 x 51,5 cm



Retrato de Fabriciana Barrero Vega, madre de Lucio Sobrino 1977 Acuarela / 90 x 68 cm



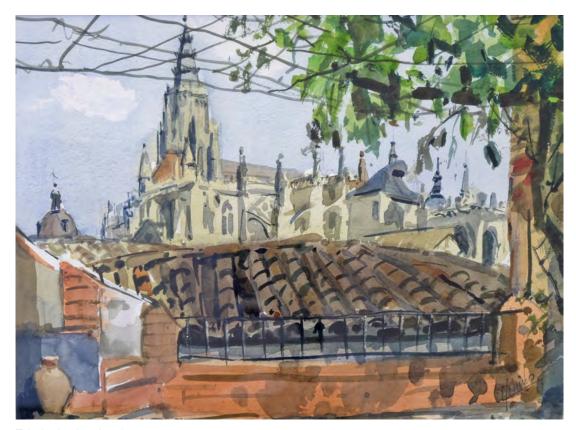
Castilla ancestral Óleo sobre lienzo / 90,5 x 110 cm



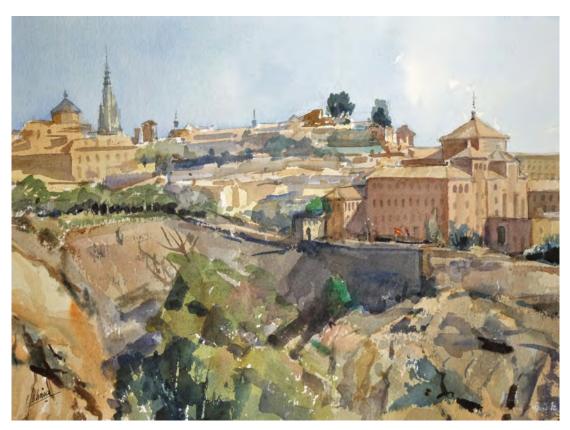
Corral de Lomoviejo 1952 Óleo sobre lienzo / 25 x 29,8 cm



Sin título (pueblo blanco con perro) Óleo sobre lienzo / 77,5 x 98 cm



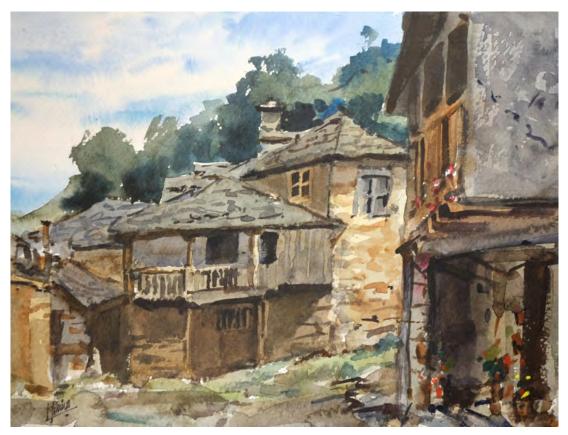
Toledo desde mi patio Acuarela / 46'5 x 54 cm



Vista de Toledo 14 septiembre 2004 Acuarela / 46'5 x 54 cm



Frías (Burgos) Acuarela / 91 x 121 cm



Peñalba de Santiago (León) 14 septiembre 2004 Acuarela / 24,5 x 32 cm



Paisaje Acuarela / 42'5 x 50'5 cm



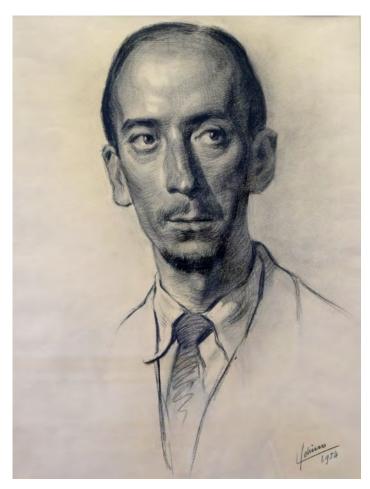
Otoño en el Tajuña Acuarela / 23 x 31 cm



Ría de Arosa Acuarela / 76 x 92'5 cm



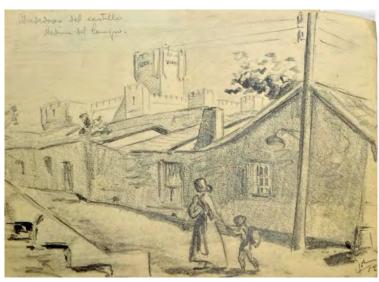
Marina levantina Acuarela / 75'5 x 97'5 cm



Retrato de hombre 1954 Dibujo a lápiz / 74'5 x 62 cm



Medina del Campo [desde el Castillo de la Mota] 1952 15'5 x 12'5 cm



Alrededores del Castillo. Medina del Campo 1952 $12^{\circ}5 \times 17^{\circ}4 \text{ cm}$

Copia de "El bufón Calabacillas" de Diego Velázquez

Lucio Sobrino Barrero Hacia 1970 Óleo sobre lienzo / 95'5 x 118'5 cm Obra donada por la familia de Lucio Sobrino a la Fundación Museo de las Ferias

El pintor Lucio Sobrino (1925-2017), a quien nuestra Fundación dedica la primera exposición temporal del presente año con motivo de la donación de su legado, destacó en varias disciplinas artísticas, de manera especial en la compleja técnica de la acuarela, en la que llegó a ser un consumado maestro. Otra de sus facetas –quizá la menos conocida- fue la iniciada en los últimos años de la década de 1950, como copista de obras maestras de la historia del arte, labor que desarrolló con el objetivo de conocer de primera mano los recursos y destrezas de los grandes maestros; esto le llevó a pasar largas temporadas en el Museo del Prado rodeado de los lienzos de Luis de Morales, Tintoretto, El Greco o Velázquez, realizando excelentes réplicas que actualmente se hallan en colecciones particulares. Precisamente uno de los óleos que copió de la obra de este último, el retrato del bufón "Calabacillas", es el que Lucio Sobrino hizo hacia 1970 permaneciendo hasta el momento en su casa familiar, circunstancia que prueba la estima del autor por esta obra.

"El bufón Calabacillas" original de Diego Velázquez y conservado en el Museo Nacional del Prado es uno de los retratos que el maestro sevillano dedicó a Juan Calabazas, personaje que sirvió primero al cardenal infante Fernando de Austria y luego al rey Felipe IV. Realizado entre los años 1635 y 1639, fue conocido erróneamente durante mucho tiempo con el título de "El Bobo de Coria", siendo descrito en los primeros inventarios en los que aparece como "un bufón con un cuellecito a la flamenca". Coincide la crítica especializada en destacar la mirada bobalicona y el rostro alelado del retratado, como las máximas cualidades de la obra, en las que se refleja eficazmente la tara que padeció. La aparición de una calabaza a los pies del personaje (la cantimplora dorada que aparece a la izquierda ha sido a veces interpretada como una segunda calabaza) alude claramente a su apellido, coincidiendo además con otra acepción de la misma palabra "calabaza", que por entonces se refería también genéricamente a la falta de juicio.

La réplica realizada por Lucio Sobrino reproduce con maestría el original del pintor sevillano, logrando una copia de gran calidad técnica. La soltura de las pinceladas de los pliegues de los encajes de la golilla y los puños, los imprecisos dedos de las manos entrelazadas, la compleja postura forzada del cuerpo de "Calabacillas" llena de contornos desfigurados, así como la magnífica luz que desprende su rostro, quizá sean los rasgos más conseguidos de esta copia. En este punto cabe recordar la experiencia de Sobrino como retratista de grandes personajes y restaurador en el Instituto Central de Restauración de Madrid, facetas profesionales que le acompañaron en toda su trayectoria profesional y que le dieron un conocimiento exhaustivo de la técnica del óleo. Por la calidad de sus trabajos, Lucio Sobrino recibió varios encargos oficiales, como uno solicitado por Patrimonio Nacional que actualmente se conserva en el Palacio Real de Madrid, o el destinado a una sede de la Central de Ahorro Popular que reproduce los frescos de Goya de la cúpula de San Antonio de la Florida.

ANTONIO SÁNCHEZ DEL BARRIO



Copia de "El bufón Calabacillas" de Diego Velázquez Hacia 1970 Óleo sobre lienzo / 95'5 x 118'5 cm

"Lucio Sobrino, su obra y su legado"

se acabó de imprimir el día 8 de julio de 2018, festividad de San Eugenio. Fue editado con motivo de la donación del "Legado Lucio Sobrino"

Este catálogo de la exposición

a la Fundación Museo de las Ferias.



